

RECORDANDO A M. HEIDEGGER¹

POR ALBERTO WAGNER DE REYNA²

RESUMEN

Se presentan tres testimonios en torno a la figura de M.Heidegger como maestro: el ambiente universitario de la Alemania de 1935, una carta de Heidegger y el motivo de la traducción de la *Carta sobre el humanismo* en 1948, y el relato de una visita a Heidegger en 1962.

SUMMARY

Three different memories are presented about the figure of M.Heidegger as teacher: (A) the academic atmosphere in Germany at 1935, (B) a letter from Heidegger and the explanation of the spanish translation of *Über den Humanismus* in 1948, and (C) the description of a visit to Heidegger in 1962.

A. Fragmento de «Memorias»

En Bouliagmeni, me quedé cruzando el Atlántico de Oeste a Este, en el año de gracia de 1935, en compañía de mi madre, en la motonave

¹ Las páginas que siguen han sido escritas por A.Wagner de Reyna en distintos momentos de su vida. Como testimonio, constituyen una aportación singular para el conocimiento de Heidegger como maestro, y pueden añadirse a las que el mismo autor escribió en su colaboración «Heidegger y sus amigos» a *Dos centenarios filosóficos: Martin Heidegger - Gabriel Marcel* en los Cursos de Verano de El Escorial en 1989 (Universidad Complutense de Madrid, 1990, pp.31 - 58).

Se inician con un fragmento de las *Memorias* inéditas de Wagner de Reyna relatando el ambiente universitario alemán de los años 30 cuando conoció a Heidegger (A), sigue una carta también inédita de Heidegger al autor recién terminada la guerra europea (B), y concluyen con el relato de una visita a Heidegger a comienzos de los 60 (C), publicada en una revista limeña con el mismo título que se indica. (Notas de la Redacción).

² Nacido en Lima en 1915, Alberto Wagner de Reyna se licenció en Derecho en su país y se doctoró en Filosofía tras sus estudios en Alemania, de donde su padre era originario. Ha sido profesor en la Universidad Católica de Lima, Secretario General de

«Europa» en demanda del puerto de Brema. El buque era el más veloz de su tiempo y en menos de cinco días arribamos a las costas del viejo mundo. Aunque yo había viajado ya varias veces en barco (a Europa y a Chile) quedé deslumbrado por la inmensidad y elegancia de los salones, la multiplicidad de servicios y la majestad náutica del bajel. Tuve allí el primer encuentro con la nueva Alemania. Viajaba con nosotros Max Dessoir³, profesor de Psicología de fama mundial, que volvía de dar un curso en una universidad norteamericana a su cátedra en Berlín. Le fui presentado y me acogió muy benévolutamente, dándome algunos consejos para mi matrícula y estudios. Le pregunté si podía ser su alumno, y me respondió que desde luego, pero que no sabía si «el ministro me dejará dictar mi curso». Dessoir era judío. Tuve -después- la satisfacción de escribir una nota necrológica sobre él en *Realidad* en Buenos Aires.

El contacto con Berlín no me amedrentó, y sin mayor dificultad, puesto que venía de una facultad de derecho, pude matricularme como alumno ordinario en la Universidad de Federico-Guillermo, que así se llamaba la tradicional casa de estudios de la capital prusiana. Hecho esto, se trató de escoger los cursos. Según el sistema alemán, cada alumno confecciona su curriculum cada semestre tanto en la facultad a la que pertenece como, si lo desea, en las demás, y paga en tesorería por cada asignatura. Las había de a 10.- RM⁴, de 5.- RM y gratuitas, según la popularidad y renombre del profesor. Recibía éste de cada oyente una papeleta que acreditaba la cancelación del *Kolleggeld* (dinero del curso) y con la cual el catedrático cobraba este estipendio. El índice de profesores y materias en Berlín era impresionante -un grueso tomo-, e informándome aquí y allá, o llevado de mi inspiración, establecí mal que bien mi curriculum. Era mi lista amplia, pues en ello no había problema, y pronto supe que sí lo había para ser admitido en los seminarios.

Me inscribí en un conjunto muy heterogéneo de catedráticos. En historia del derecho administrativo estaba el viejísimo Bornhak, con gran concurrencia de oyentes, que dado lo especializado del tema me extrañó algo. A esto se añadía que el maestro dictaba gratis, pues estaba jubilado, y el curso era -evidentemente- facultativo. Pronto se aclaró el misterio.

Relaciones Exteriores del Perú, Embajador de su país en Bonn, Bogotá, Belgrado y París, y es Miembro de la Ejecutiva de la UNESCO, del Consejo de la Universidad de las Naciones Unidas, de la Real Academia Española y del Consejo de Cultura del Vaticano. Ha escrito, entre otras obras, *La Filosofía en Iberoamérica*, *El concepto de verdad en Aristóteles*, *Analogía y evocación*, *Ídee et historicité de l'Unesco*, *Pobreza y Cultura*...

³ Murió en 1947. Además de sus estudios estéticos, se interesó por la significación que el «más allá» podía tener para el alma humana.

⁴ Reichsmark, la unidad monetaria del III Reich.

El hombre era un pozo de ciencia amena, y daba sus clases para su personal diversión, de modo que la mayor parte del «pensum» consistía en anécdotas sobre figuras políticas y juristas alemanes del pasado. A lo largo de mi carrera diplomática, en el trato con germanos, me han sido de gran utilidad estos cuentos de Bornhak, sobre todo los relativos a Bismark que eran su especialidad. De gran importancia -pero en otro sentido- fueron también para mí las clases del jurisperito Titze. Era el más ilustre civilista en ejercicio profesoral de Alemania; tuve la singular suerte de escuchar sus lecciones sobre obligaciones y contratos. El rigor filosófico y exactitud matemática de su exposición, la construcción lógica del derecho que nos proponía, sin inútil erudición (que por cierto le sobraba), su humor seco que rara vez salía a relucir y su barbita blanca de chivo enjuto, me hacen pensar aún hoy en él con respeto y reconocimiento. Es verdad que he olvidado toda la jurisprudencia, y rara vez me he adentrado en su práctica, pero jamás he conocido a un juriconsulto más penetrante y soberanamente dueño de su campo. Sus explicaciones del causalismo en las obligaciones fueron después la base del buen éxito que alcancé en mi grado de abogado. En cambio no logré ser discípulo del consejero secreto Rabel, romanista eminente, pues sus lecciones eran para «semestres» superiores, es decir para estudiantes avanzados.

En filosofía me matriculé, desde luego, donde Dessoir, y también en el curso de Eduard Spranger⁵, que me hizo mediocre impresión. Por lo contrario, me deslumbró Nikolai Hartmann⁶, que ocupaba la cátedra de Hegel, que se supone ser la más ilustre del país. De baja estatura, en el aula más grande de la Universidad, mirando hacia lo alto, como si quisiera vislumbrar lo futuro, ojos celestes, pelo blanco como una aureola sutil alrededor de su creciente calvicie, de negro hasta los pies vestido, con su sombrero calabrés -propio de intelectuales y artistas-, su aparición provocaba entusiasta aplauso entre los asistentes, aplauso que consistía en golpear las carpetas con la mano y taconear el suelo. Su curso sobre el espíritu era de una claridad y dicción perfectas, como si planeara sobre los conceptos y los hombres. Quise inscribirme en su seminario, pero no aceptó, lo cual me resintió algo. (Por cierto sin razón, pues ¡cuántos indoctos extranjeros -como yo- no querrían por curiosidad -como yo- ser sus discípulos!).

Alguien me llamó la atención sobre un profesor marginado, prestado por la Universidad de Breslau, que dictaba -gratis- en el tercer piso, bajo los tejados del edificio, algo así como la «cazuela» de ese gran teatro

⁵ Nacido en 1882, fue profesor en Berlín desde 1912 y de Tubinga a partir de 1946. Completó los trabajos de Dilthey y murió en 1963.

⁶ Hartmann era profesor en Berlín desde 1931. A partir de 1945 fue profesor en Gotinga y murió en 1950.

académico, sobre temas místicos. Era un endeble hombrecito de descomunal cabeza, de modesto porte y traje gastado, y sobre todo muy mal visto por el régimen. A sus lecciones asistirían unas veinte o treinta personas -lo que para Berlín era casi vergonzoso-. Era Romano Guardini⁷, finisio escritor, teólogo egregio, la gran figura del movimiento litúrgico alemán. Pronto comprobé que los oyentes de su curso era gente madura y algunos jóvenes de la más alta calificación intelectual y probado coraje civil, pues se atrevían a desafiar las iras oficiales escuchando a un profesor políticamente no grato.

Por Guardini conocí a Mons. Pinsk, capellán estudiantil católico, y me integré en el grupo que él dirigía. Celebraba éste su misa dominical en una capilla, muy central en Charlottenburg⁸, ubicada en un sótano, y que se distinguía por tener derecho a una liturgia experimental (todo lo que hoy está en curso lo vi allí en germen) y oírse en ella los mejores sermones de Berlín, pues corría a cargo de intelectuales de primera fila. Allí he escuchado -como predicación- más de un capítulo de *El Señor* de Guardini. Visité tanto a éste como a Pinsk en sus casas, y desde entonces arranca el «liturgismo» que me llevaría a escribir una obra sobre el tema, así como mi interés por los símbolos y formas sagradas y profanas; desde entonces también comencé a ocuparme en temas teológicos, no como abstracciones sino como interrogantes que surgen en la realidad misma y se aplican a ella.

Fui también introducido en el seminario privado de Erich Kaufmann que vivía en Nikolaussee, y que ya no dictaba en la Universidad. Abogado internacional de gran prestigio en la Corte de La Haya, profesor de derecho, propiciador de la doctrina de la cláusula *rebus sic stantibus* adoptada por el nazismo, por ser judío, y a pesar de todo, fue separado de su cátedra. Reunía en su casa, una vez a la semana, a la hora de la cena, a un grupo de amigos estudiantes, para comentar libros de actualidad, políticos o jurídicos. La mayor parte de las veces se trataba de obras alemanas, pero una tarde le tocó el turno a *La rebelión de las masas* de José Ortega y Gasset, lo que me permitió abrir la boca. Kaufmann, después de la guerra, no obstante su avanzada edad, volvió a La Haya en representación de la República Federal. ¡Qué espléndida rehabilitación para tan digno personero del liberalismo alemán!

Un día fuimos convocados por el Rector, para que nos entregara nuestra fe de matrícula. Me imaginé que Su Magnificencia estuviera

⁷ Nacido en Verona en 1885, Guardini estudió en Maguncia y se doctoró en Friburgo. De 1920 a 1922 fue profesor en Bonn, y de 1923 a 1933 en Berlín, siendo entonces separado de su cátedra. Restituido en 1945 en Tubinga, pasó después a Munich y murió en 1968.

⁸ Barrio occidental de Berlín.

revestido de su toga, pero no fue así. Aunque con la cadena, insignia de su oficio, al cuello y sobre el pecho, andaba vestido de *SA-Mann* (de guardia de asalto: color marrón) y era veterinario. Nos echó un discursito medio ideológico medio estimulante y nos fuimos cada cual a su casa con nuestro diploma en latín en la mano, y yo medio desilusionado. Poco después un mozo muy simpático me invitó insistentemente a un «acto religioso», que había de ser alrededor de una fogata y con ocasión del equinoccio. Pese a mi viva curiosidad, no asistí a la ceremonia, y me perdí de ser así uno de los fundadores de una secta neo-pagana -dirigida por el Prof. Hauer- de adoradores del fuego, que con mi peruana presencia habría adquirido dimensión internacional, en opinión de los organizadores.

Don Enrique E. Gildemeister, jefe de la familia de ese nombre, venido al mundo en Iquique antes de la Guerra del Pacífico y por eso peruano de nacimiento, era nuestro ministro *-ad honorem-* en Berlín. Alemán de origen, hablaba el español con acento germánico, pero con un florido vocabulario, aprendido con los peones de «Casa Grande», entonces la principal hacienda trujillana de esa ilustre estirpe de Brema. Como tenía una importante fortuna en Alemania y Austria, se le presentaba más de un pequeño -o gran- problema personal con el gobierno del Reich, pues don Enrique, aparte todas estas circunstancias, detestaba cordialmente a los nazis. Su principal contendora⁹, en el campo para mí visible, era la doctora Faupel, que él llamaba sin mayores rodeos «la machorra».

El general Faupel, casado con la señora Edith, había sido instructor del ejército peruano, y su esposa estudiado en la Universidad de San Marcos, donde se doctoró. Allí conoció a una serie de intelectuales, especialmente apristas¹⁰, lo que para un terrateniente trujillano representante del gobierno Benavides¹¹, no era buena recomendación. Faupel, que aprendió español en el Perú (naturalmente no tan bien como su mujer) hizo carrera: Embajador del Reich ante el general Franco durante la guerra civil -y se dice que también consejero técnico militar-, organizador del Servicio del Trabajo en Alemania, llegó, ya jubilado, a Presidente del Instituto Iberoamericano de Berlín, instalado en el hermoso palacio de las antiguas caballerizas reales, en la isla que se halla en el centro de la capital y donde se encontraban los más prestigiosos edificios

⁹ Oponente.

¹⁰ Seguidores de la *Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA)*, organización fundada por el peruano Raúl Haya de la Torre para luchar contra el imperialismo. El partido aprista obtuvo la victoria electoral en 1931 y varios escaños en 1963.

¹¹ El militar Óscar R. Benavides (1876-1945) intervino en el golpe de estado que derrocó al presidente G. Billinghurst en 1914 y, tras el asesinato del presidente Luis Miguel Sánchez Cerro en 1933, ocupó la presidencia del Perú de forma casi dictatorial durante seis años.

públicos y culturales. Alma del Instituto era doña Edith. Se sentía madre, pues no tenía hijos (y de allí el apodo que le aplicaba don Enrique) de todos los estudiantes hispanoamericanos que atravesaban la frontera germánica y especialmente de los peruanos. Eran ellos muchos, y una buena parte se alojaba en el *Peru-Haus* en Munich, casa que no gozaba de las simpatías de la doctora. Su maternal desvelo se extendía, desde luego, a muchachos que no eran afectos al régimen peruano -y estaban allí más o menos exiliados-, y, como es notorio, no hay nada peor para crear tiranteces con la misión diplomática que estas protecciones oficiosas a elementos distanciados de ella. Evidentemente, la capacidad de «servir» de la doctora Faupel era muy grande, bastante mayor que la de la legación, de modo que se ahondó la división entre los adictos a ésta y el *Peru-Haus*, de un lado, y los amigos y becados del Instituto, del otro.

Yo no me metía con peruanos, ni menos en líos, deseoso de aprovechar mi tiempo en Alemania. Iba una vez por semana -a no hacer nada durante 15 minutos- a la legación. Aparte el ministro, el personal estaba compuesto por un segundo secretario, Miguel Cerro Cebrián, y por tres agregados civiles *ad honorem*: Henry Lamotte Gildemeister, Manuel Mujica Gallo y yo. Era época de los Juegos Olímpicos (1935), y Berlín la ciudad más alegre y acogedora del mundo. Vivía yo con mi madre en un pequeño departamento en la Knesebeckstrasse, y estudiaba con frenesí lunes, martes, jueves y viernes en la Universidad, mientras que miércoles y sábados por la mañana concurría a la Biblioteca, donde me rompía la cabeza contra los textos de Aristóteles en alemán. La lectura del Filósofo sin un comentario adecuado o un guía benévolo, sin los conocimientos introductorios necesarios, es empresa totalmente absurda, en la que me encapriché, con tan mala suerte que un día en que mis entendederas porfiaban en no comprender y mi voluntad en penetrar el sentido de un pasaje oscuro, sentí como un latigazo a la altura del hueso temporal izquierdo, que no dejó de asustarme y me indujo a prescindir de estos estudios forzados y hacer un poco de «turismo cultural» por las inmediaciones.

El hecho de hablar alemán y conocer la cultura germana tradicional, no hacía de mí un estudiante extranjero típico. Y sin embargo, pese a mis esfuerzos y a las posibilidades de contacto que se me brindaban, no lograba introducirme verdaderamente en el movimiento intelectual que veía bullir a mi lado. No me refiero a las construcciones conceptuales del nazismo (pues en su primitivismo no ofrecían dificultad), sino a la corriente profunda del pensamiento europeo que en Alemania -pese al nazismo ambiente- encontraba una de sus más caracterizadas vetas. Comprendo que gente capacitada e inteligente pierda años en Europa en tocar fondo: los presupuestos y bagajes mentales que se llevan -o llevaban- de América latina no son los que corresponden al «clima» de allá, y es como si al Sahara se aportara un equipaje adecuado al polo o viceversa.

Advertí que Berlín me quedaba grande como puerta de entrada a ese mundo, y que para ingresar a él me serviría más una universidad de provincia. Y fuera de eso necesitaba un maestro, que se ocupara algo en mí, y ninguna de las sobrecargadas figuras de la capital estaría -es obvio- dispuesta a esa labor insignificante. De otro lado, no quería caer en un provincialismo en Europa, que para ello me habría quedado en Lima. Lo que buscaba no era fácil.

La casualidad me ayudó a resolver mi problema. En el seminario de Kaufmann había un mozo, ya doctorado, que concurría también a las clases de Guardini. Nos hicimos amigos, y lo somos hasta ahora a través de tantos años. Era un joven historiador, Heinrich W. Petzet, muy interesado en lo que pasaba en el ancho mundo, y por ello también en ultramar.

Cierta vez le expuse mi preocupación.

-Hombre, me dijo, lo que usted necesita es irse a Friburgo. Ambiente reducido pero de las más alta calidad; lugar propicio al estudio y la meditación, y lleno de agrados. Y sobre todo allí enseña Heidegger.

-Bueno, respondí, allí está lo malo. Si Hartmann no ha querido admitirme en su seminario, menos lo hará Heidegger, que -según dicen- es el profesor más exigente de Alemania.

-Por eso no se preocupe. Si usted quiere ir, yo le sirvo de intermediario con Heidegger.

Petzet -;de dónde iba yo a saberlo!- era un hombre magníficamente vinculado con altos círculos intelectuales. Su difunta madre, hija del eficaz propulsor del *Norddeutsche Lloyd Wiegand*, había tenido un «salón» en Brema, por el cual había transitado lo más ilustre de Alemania de la primera postguerra. De allí una amistad casi familiar con Heidegger.

Dicho y hecho. Mi amigo escribió al filósofo, quien cauteloso respondió que quería verme, y como ya comenzaban las vacaciones, viajé a Friburgo, ciudad que tantos atractivos tenía para mí, entre otros el hecho de que mi padre hubiera estudiado en su Universidad.

El maestro conversó conmigo en su casa, me recomendó lecturas que debía emprender -entre ellas *Kant y el problema de la metafísica*, libro del cual era autor y que habría de servirme de introducción a su curso sobre el filósofo de Koenigsberg- y yo, alegremente, me fui a someter a una operación de amígdalas. Después, para convalecer de ella, viajé al balneario termal de Badenweiler, en la Selva Negra, que para mí -con veinte años- no me parecía umbrosa sino radiante de esperanzas.

Antes de partir de Berlín había realizado un trámite jurídico de importancia para mí: en mi calidad de hijo de alemán, sin perjuicio de ser peruano de nacimiento y tener libreta militar de mi país y de ser agregado civil, es decir, funcionario público del Perú, las autoridades germanas continuaban a considerarme alemán. Es la consecuencia del *jus sanguinis*, unida a la doctrina de que la nacionalidad no es un derecho

sino fundamentalmente un deber, heredado de la calidad de súbdito de una monarquía, deber que conservaban los ciudadanos frente a las repúblicas. La pertenencia a un Estado no es en estos casos renunciabile, ni se pierde -como en el Perú- por adquirir otra nacionalidad o ejecutar determinados actos de fidelidad a otro Estado. Uno tiene que ser despedido, licenciado, de la comunidad nacional.

Yo veía en el caso del ministro Gildemeister los inconvenientes de la doble nacionalidad, y en especial si una de ellas, no obstante de ser involuntaria, se imponía imperativamente y resultaba así siendo «pegajosa». No sólo surgiría en cualquier momento el tema del servicio militar en Alemania, sino que también tropezaría con contrariedades de control de divisas, etc. Y fuera de eso, ante la posibilidad de presentarme a la carrera diplomática, quería tener un *status* jurídico inobjetable y sancionado (que no es el caso de alguno de mis actuales colegas), de ser peruano y únicamente peruano. No pensaba en la guerra venidera, en que el grueso del público no creía, pero mi previsión fue -como es evidente- de gran utilidad cuando estalló el conflicto.

El caso es que presenté, con firma de letrado, un recurso al gobierno prusiano (pues vivía en Berlín), pidiendo mi licenciamiento y, alegando mi calidad de diplomático del Perú. Mi pedido fue atendido y algo más de un año después, me entregó el ministro alemán en Lima el documento que certifica mi exoneración de la nacionalidad del país de mi padre.

Martin Heidegger era un hombrecillo muy moreno, tostado por el sol y la nieve, vestido de aldeano de la alta Selva Negra. Pequeño bigote, mirada penetrante y socarrona, al par campechano y distante. Después de haber sido por algunos meses entusiasta partidario del gobierno de Hitler, cuando yo llegué allí era la *bête noire* de las mediocridades nazis de la universidad alemana¹². Su aula estaba siempre llena, pero su seminario no contaba con más de dos docenas de asistentes, de los cuales un grupo estaba constituido por personas mayores (doctores y altos funcionarios retirados), otro se componía de extranjeros, y pocos estudiantes alemanes regulares. La Compañía de Jesús estaba representada por cuatro sacerdotes. De varios de mis compañeros he tenido después noticia por sus actuaciones públicas o en la cátedra (Charles Malik, el padre Rahner¹³, Anneliese Mayer, Fernando de Huidobro, el Prof. Allers...)

El seminario a que concurrí en el semestre de invierno 35/36 versó sobre la Monadología de Leibniz, y la técnica exegética, versación y

¹² Heidegger fue nombrado Rector de la Universidad de Friburgo en abril de 1933 y renunció al cargo en abril de 1934. Wagner de Reyna le conoce al año siguiente.

¹³ Nacido en Friburgo en 1904, el teólogo Karl Rahner sucedió a R. Guardini en Munich tras su jubilación en 1964.

autoridad de Heidegger me dejaron perplejo. Sus interpretaciones eran novedosas (sus enemigos dirían caprichosas), siempre buscando el apoyo del habla común. Y un respeto profundo, rara vez orillado por una crítica cuando forzaba la mano en la originalidad, lo confirmaba en su indiscutible prestancia de maestro. En el semestre de verano en 1936 asistí a un seminario sobre la *Crítica del Juicio*. Las prelecciones en ambos semestres fueron sobre Kant y Schelling, respectivamente.

Debo lo que tengo de formación filosófica y método de trabajo en esta materia a Heidegger, y de su obsesión por la «limpieza del pensar» me acuerdo hasta ahora cuando tengo que investigar algo. Me dispensó siempre gran simpatía (que no significa fácil cordialidad) las veces que estuve en su casa o en su despacho universitario, de modo que establecí duradera amistad con él.

Su asistente era Walter Broecker, cuyo seminario y libro sobre Aristóteles me introdujeron en el pensamiento del Estagirita, y con el cual tuve y mantengo agradable relación. Martin Honecker también dictaba cátedra en aquella época, pero sus clases no resistían una comparación con las prelecciones de Heidegger. Husserl, ya jubilado¹⁴, vivía por aquellos años en Friburgo y dirigía un seminario privado y extraacadémico. Como estaba en entredicho con Heidegger, no era posible a los alumnos de éste acercarse al viejo maestro, de modo que no lo conocí -con pesar mío- ni de vista.

En la facultad de derecho figuraban dos penalistas de renombre: uno que era el Rector, el Prof. Kern, bonachón y agudo wuerttembergués, muy competente en su ramo, gozaba de gran popularidad por la amenidad de sus clases. No perdía ocasión para colocar en medio de una sabia disertación cosas como ésta: «El artículo 1º del Código Civil -hasta el cual ya habéis quizá penetrado en el curso de vuestras investigaciones- dice...» El otro era el ilustre Erik Wolf, sobrino de Jakob Burckhardt¹⁵, y muy vinculado por ello al humanismo y a la aristocracia de la cercana Basilea (Suiza). Pertenecía en cuerpo y alma al Renacimiento y nos brindó un curso sobre los grandes juristas lleno de *esprit*, que no desdeñaba la *petite histoire*, pero de gran calado. Recuerdo que invité a mi padre -que estaba de paso en la ciudad- a oír la clase sobre Puffendorf¹⁶, y que quedé encantado con ella. Wolf, aparte de gran jurista, era experto entomólogo y su libro sobre los escarabajos del Kaiserstuhl (pequeño macizo vol-

¹⁴ Husserl había desempeñado su docencia en Friburgo desde 1916 hasta su jubilación en 1928.

¹⁵ Historiador de la cultura y del arte (1818-1897), fue profesor de la Universidad de Basilea desde 1858.

¹⁶ Jurista e historiador del siglo XVII, consejero de Estado e impulsor del derecho natural.

cánico de la región) parece que goza de indiscutida autoridad entre los entendidos, pero de eso no puedo dar fe.

Mis dos semestres en Friburgo de Brisgovia, gótica y rodeada de pinos, abierta al Rin, y con ello a Francia, en el corazón de Europa, me marcaron para siempre. Cada vez que puedo paso -brevemente- por la romántica ciudad, camino por sus calles reconstruídas -pues fue muy castigada por la guerra-, y recuerdo sombras de mi juventud, y a mi madre, con quien vivía, y me daba calor y seguridad. ¡Cuántos profesores admirados y cuántas chicas bonitas, admiradas también! (Es interesante anotar que la vida estudiantil de aquellos años de preguerra en una ciudad universitaria de provincia era bastante mundana. La mayor parte de los alumnos, casi todos muchachos, no era del lugar, y vivía según sus recursos en pensiones de familia o departamentos. Muy pocos eran becados, y por ello «estudiar» implicaba una situación económica holgada. Había así una población flotante y cultivada que, al lado de las faenas en la facultad, frecuentaba los círculos sociales de la ciudad huésped. La bohemia no estaba de moda y lo normal y apetecido era un nivel de vida elevado. Bailes -de estricta etiqueta- saraos, conciertos y funciones teatrales o de ópera, así como paseos campestres en grupos que se constituían con hijas de familias distinguidas residentes, eran el contrapeso de las actividades intelectuales y de las ya decadentes reuniones de las corporaciones estudiantiles aficionadas a duelos¹⁷.)

Allá por los años 35 y 36, para quien no fuera judío, ni se metiera en asuntos alemanes -como era mi caso-, el régimen nazi, si bien invadía todos los aspectos de la vida, sólo presentaba dos manifestaciones tangibles: las espectaculares actuaciones políticas y un cierto e indefinible peso en la atmósfera social, que no impedía que mucha gente expresara su opinión y asumiera actitudes independientes. De vez en cuando se oía decir que Fulano había sido interrogado por la Gestapo o que ya no estaba en su domicilio. Por otro lado impresionaba muy bien el funcionamiento impecable de los servicios públicos -que en otros tiempos había sido defectuoso- y las realizaciones sociales, sobre todo en beneficio de la juventud. Todavía no habían ocurrido los horrores que después se produjeron; los optimistas pensaban que los excesos -que no faltaban- irían disminuyendo con el ineluctable «aburguesamiento» de la ideología, y los pesimistas profetizaban que irían en aumento, con la impunidad internacional de que gozaban.

[...]

Mi adaptación al medio friburgués había marchado satisfactoria-

¹⁷ Wagner de Reyna recuerda haber visto algún que otro compañero de clase con «herida fresca en la mejilla» como consecuencia de tales duelos.

mente, mis estudios filosóficos se ampliaban y sus temas me «agarraban» con creciente interés. Heidegger me aconsejó enfocar «el concepto de sustancia en Descartes y Leibniz» como tema de una posible tesis bajo su dirección. Empezaba ya los preparativos para esta empresa que podía haber durado años. Pero mi madre deseaba volver al Perú y mi permanencia en Alemania habría significado una desvinculación cada vez más profunda con mi patria. Me vi así en la necesidad de optar: de un lado, la familia, mi país, es decir, la vuelta al Perú... del otro, la filosofía - con un porvenir académico probablemente decoroso-, Europa. Mi entusiasmo juvenil me inclinaba a lo segundo; la consideración de ser hijo único, el afecto por mis padres, me decidieron por lo primero. Y así, en abril de 1936 un buque de la HAPAG me trajo de vuelta al Callao con mi madre.

Siguiendo mi afición, reaté vínculos con el medio filosófico limeño, pero la diferencia entre nuestros meritorios profesionales de la materia y los pensadores autónomos a que estaba acostumbrado -mala costumbre de tres semestres universitarios- me causó confusión. Por una parte quise reaccionar, y mantenerme en el *status* de creador aunque fuese de conceptos mediocres; por otra buscarme un camino diferente, ya que éste, en el Perú, me ofrecía tan escasas posibilidades de buen éxito.

Ya desde Friburgo había estado preparando una exposición sobre Heidegger en castellano y aún había entrado en tratos con una editorial madrileña (Plutarco) para su publicación. Cuando en Lima a fin de doctorarme en filosofía propuse -siguiendo el consejo de mi maestro- aquello del concepto de sustancia en Descartes y Leibniz, se me indicó que sería mejor presentar una tesis sobre el propio pensamiento de aquél. Desde mi punto de vista era ello algo muy complicado. Habría tenido que buscarme como tema algo así como «diferencia en la aplicación del método fenomenológico en Heidegger y Husserl», erizada de peligros y que hubiera exigido una investigación para la cual no disponía en Lima ni de tiempo ni de literatura, y menos del a menudo no publicado material de prelecciones de uno y otro pensador. Pero el estudio sobre Descartes y Leibniz, que ya tenía comenzado, no interesaba a nadie.

-¿Por qué no hace usted una exposición sobre la filosofía de Heidegger?

-Pues ésa la tengo hecha, es decir, en lo que toca a la ontología.

-Allí tiene usted su tesis, me respondió Enrique Barboza, con quien consultaba el caso.

Y así fue. Con el criterio que las tesis habían de ser sobre puntos precisos y llevar títulos largos, presenté a la facultad de letras de la Universidad Católica del Perú una disertación sobre «La ontología fundamental de Heidegger -su motivo y su significación», que publicó -con abundantes errores tipográficos- la revista de la Universidad y que después apareció -ya depurada de ellos- en un tomito de la Editorial

Lumen, de Lima, y del cual se vendió una buena media docena.

También mi examen de grado fue un fracaso. El examinador filosófico -Manuel Argüelles- no recibió la citación al acto, y el presidente del jurado, poco aficionado a especulaciones metafísicas, apenas hubo entrado -como prolegómeno al problema del ser- a plantear la significación de la nada, me interrumpió para pedirme que leyera las «conclusiones» de mi trabajo. Como éste era una exposición que no se encaminaba a conclusión alguna sino que intentaba mostrar que la investigación heideggeriana, de carácter existencial, constituía el fundamento de una ontología, como lo declaraba el título de mi tesis, mi respuesta tuvo que ser de un notable laconismo.

La discusión de la misma había terminado... en dos o tres minutos. Y como todo examen doctoral que se respete ha de durar un buen rato, comenzaron los señores del jurado a hacerme preguntas sobre un cuestionario no filosófico compuesto *ad hoc*. Recuerdo que Riva-Agüero, que era de la partida, inquirió sobre las reformas borbónicas en España... Resultado: salí aprobado con las justas.

Como, a pesar de todo, tenía conciencia de que mi tesis era la primera exposición seria que se hacía sobre Heidegger en español, y casi puedo decir que la primera monografía sobre este pensador en idioma distinto del alemán, y quizá por no dar por totalmente perdidos los maravedises invertidos en su edición, envié algunos ejemplares de mi libro a algunos profesores conocidos en Hispanoamérica que se interesaban por filosofía contemporánea. Unos seis o siete. Sólo la seriedad y capacidad de trabajo de Francisco Romero¹⁸, en Buenos Aires, indujeron a este eminente y generoso hombre de estudio a leer el modesto volumen, y a vuelta de correo me propuso incluirlo -con prólogo suyo- en la Biblioteca Filosófica de la Editorial Losada, que él dirigía, y que comenzaba a ser la gran serie en esta materia de nuestra América. Gracias a don Francisco, con quien me ligó después cordial amistad, se dio vuelta la tortilla: algunos meses después era leído por toda la juventud estudiosa de nuestro continente. Se hicieron varias ediciones. Losada fue mi editor, y me publicó una traducción de *De ente et essentia*, de santo Tomás, y mi *Introducción a la liturgia*. Y hasta hoy hay gente de mi generación que me habla del libro sobre Heidegger y me asegura que su lectura constituyó su primer contacto con la filosofía contemporánea.

Envalentonado con este buen éxito, dicté un curso de lógica en la Universidad Católica, para segundo año de letras, en que deseoso de no ser mero repetidor, sino por lo menos epígono, sistematicé mis escasas

¹⁸ Nacido en Sevilla en 1891, se trasladó muy pronto a Argentina y fue profesor de las Universidades de Buenos Aires y La Plata, impulsando constantemente la producción filosófica en todo el continente hispanoamericano. Murió en 1962.

ideas propias sobre esa «rama del saber» inspirándome en la fenomenología que había bebido en sus fuentes, y encuadrándolas en los nobles parámetros de Aristóteles preescolástico, que hasta ahora venero.

A mí me pareció bastante aceptable, publiqué en mimeógrafo -como era uso- mis «copias», en que me complacía en manipular los diversos sentidos y funciones del *logos* (ya que de lógica se trataba) y proyecté un segundo libro donde Losada, precisamente sobre estas disquisiciones. Romero lo esperaba con impaciencia. Pero aquí también la diosa Fortuna había de jugarme una pasada. El curso fue calificado de ininteligible, de «bluff» y otras lindezas. Alrededor del 90% de los asistentes a él tuvo que ser aplazado. Sólo un pequeño núcleo de alumnos -entre ellos Francisco Miró Quesada Cantuarias y José Iturriaga Romero- se interesó en mi esfuerzo. El lío fue gordo.

El rector, el padre Jorge Dinthilac, con su bondad y sensato criterio, me aconsejó: dicte usted ahora, en el segundo semestre, un curso de lógica tradicional. Y así lo hice. Tomé el texto del cardenal Mercier (que el de Maritain me pareció demasiado elevado) y repetí como una cotarra... lo que han repetido por siglos tantos profesores de esta materia, con general elogio y beneplácitos. No hubo «jalados» a fin de año. Mi reputación de profesor se restableció. Las «copias» del execrado primer curso las conservo aún, y a tantos años de distancia me parece que -afinando y madurando conceptos- habrían podido ser admitidas en la escuela fenomenológica al estilo de Pfaender¹⁹, tan en boga por aquellos años.

Mis desventuras de dómine me decidieron a tornarme hacia otras posibilidades profesionales.

B. Carta de M.Heidegger a Wagner de Reyna²⁰

Freiburg i.B. 17.Dez.46

Lieber Herr Doktor!

In diesen Tagen haben wir das Paket erhalten. Wir danken Ihnen herzlich für diese Hilfe. Noch müssen wir warten, bis es wieder möglich sein wird, Ihnen Ihre Freundlichkeit auf philosophischem Wege zu erwidern.

Ihren Vorschlag, wegen der Mitarbeit an der Zeitschrift, werde ich erwägen. Aber auch ohne dies würde ich bei Gelegenheit einmal einen Beitrag liefern. Nur bin ich leider jetzt mit anderen Arbeiten sehr in Anspruch genommen und muss mit meinen Kräften haushalten. Auch

¹⁹ Colaborador de Husserl a partir de su encuentro personal en 1904, Pfaender es conocido por su *Lógica* de los procesos volitivos.

²⁰ Transcripción de A. Prevosti.

möchte ich nicht irgend einen beliebigen Artikel schicken. So bitte ich Sie, der Leitung der Zeitschrift dies mitzuteilen.

Von unserem Freund Petzet habe ich einen Brief bekommen, der mich sehr freute. Er scheint, was die eigentliche Arbeit angeht, nicht ganz glücklich zu sein. Vielleicht kann ich mittelbar hier etwas für ihn versuchen.

Gern hörte ich einmal von Ihnen, was Sie neben Ihrer diplomatischen Tätigkeit philosophisch arbeiten. Jedenfalls haben Sie dort gewiss grosse Möglichkeiten, was die internationale Literatur angeht. Doch wesentlicher bleibt die Arbeit an den wenigen bleibenden Fragen des Denkens, die in ihrer grossen Gestalt immer noch bei den Alten am reinsten vor uns aufragen.

Ich wünsche Ihnen besinnliche Weihnachtstage und grüsse Sie dankbar in guter Freundschaft.

Ihr

M.Heidegger.

(Traducción²¹)

Freiburg i.B. 17. Dic. 46

Querido señor doctor:

En estos días recibimos el paquete²². Le agradecemos cordialmente por esta ayuda. Tenemos todavía que esperar hasta que de nuevo sea posible corresponder a su amabilidad por la vía filosófica. Su propuesta de colaborar en la revista²³, la voy a considerar. Pero aun sin esto aportaría alguna vez una contribución. Empero, estoy, lamentablemente, muy tomado por otros trabajos y tengo que economizar mis fuerzas. Tampoco quisiera enviar un artículo cualquiera. Por eso le ruego comunicar lo que antecede a la dirección de la revista²⁴.

De nuestro amigo Petzet he recibido una carta que me alegró mucho. Parece que, en lo que se refiere propiamente a su trabajo, no está del

²¹ Por A. Wagner de Reyna.

²² Se trataba de un envío de alimentos, en aquellos años de penuria de la inmediata posguerra.

²³ La revista era *Realidad*, de Buenos Aires, editada por Francisco Romero y Francisco Ayala.

²⁴ A pesar de esta evasiva, Wagner de Reyna insistió en ayudar a su antiguo maestro -sin duda escaso de dinero en aquella difícil situación- y en 1948 publicó la traducción de la *Carta sobre el Humanismo* en *Realidad*. Aprovechando su estancia en Berna como secretario de la legación del Perú, Wagner de Reyna consiguió que la editorial A. Francke de esa ciudad -donde acababa de publicarse la obra- renunciara a sus derechos como él había renunciado a los suyos de traductor, de modo que Heidegger pudiera recibir íntegro todo lo que la revista había pagado por esa traducción.

Freitag .. D. 17. Dez. 46.

Lieber Herr Doktor!

In diesen Tagen haben wir das Paket erhalten. Wir danken Ihnen herzlich für diese Hilfe. Noch müssen wir warten, bis es wieder möglich sein wird, Ihnen Ihre Freundlichkeit auf philosophischem Wege zu erwidern.

Ihren Vorschlag, wegen der Mangelhaftigkeit an der Zeitschrift, werde ich erwägen. Aber auch ohne dies würde ich bei Gelegenheit einmal einen Beitrag liefern. Nun bin ich leider jetzt mit anderen Arbeiten sehr in Anspruch genommen und muß mit meinen Kräften haushalten. Auch möchte ich nicht irgend einen beliebigen Artikel schreiben. So bitte ich Sie, der Leitung der Zeitschrift dies mitzuteilen.

Von unserem Freund Petzet habe ich einen Brief bekommen, der mich sehr freute. Es scheint, was die eigentliche Arbeit angeht, nicht

Gernz glücklich zu sein. Vielleicht kann ich
 mittelbar hier etwas für Sie verrichten. —
 Gern hörte ich einmal von Ihnen, was Sie
 neben Ihrer diplomatischen Tätigkeit photo-
 graphisch arbeiten. Jedenfalls haben Sie doch
 gewisse große Möglichkeiten, was die interna-
 tionale Literatur angeht. Auch merkwürdiger
 bleibt die Arbeit an den notwendigen lebenden
 den Fragen des Denkens, die in ihrer
 großen Gestalt immer noch bei den
 Allen am meisten vor uns auftragen.
 Ich wünsche Ihnen besonnen Lichte Weis-
 nachtsbege in großer Zeit dankbar
 in guter Freundschaft

Ihre

Mr. Quintegge.

todo contento. Quizá yo pueda, indirectamente, intentar algo aquí en favor de él.

Con gusto oiría alguna vez algo de usted sobre sus trabajos filosóficos al lado de su actividad diplomática. De todos modos tiene usted allí seguramente grandes posibilidades en lo que se refiere a literatura internacional. Sin embargo, esencial sigue siendo el trabajo sobre las pocas permanentes preguntas del pensar que en toda su grandeza se yerguen aún ante nosotros del modo más puro en los antiguos.

Le deseo meditativos días de Navidad y lo saludo en agradecida y buena amistad

Su

M.Heidegger

C. Tres días con Maese Martín

Hacía 26 años que no veía a Heidegger; la única imagen que de él había tenido en este tiempo era su endiablada -mejor sería decir demoníaca- escritura gótica en ocasionales cartas. Ahora, viernes 29 de marzo de 1962, me esperaba bajo el dintel de la puerta de su casa en Zaehringen, cerca de Friburgo en Brisgovia. Su figura no ha cambiado en lo esencial. Está menos tostado por el sol de invierno, pues con 73 años ya no se hace ski; el antes negrísimo pelo es ahora casi blanco. Y usa pantalones largos, ya no ese vestido de aldeano, como cuando era mi catedrático en la Universidad.

-Querido señor profesor, no sabe usted...

-¿Y ahora habrá que tratarlo de Excelencia?²⁵, me pregunta con socarrona mirada, entre seriamente dudoso y secretamente divertido.

La casa no ha cambiado. El escritorio está idéntico, y tomo asiento en el mismo sillón que el maestro me ofreció en 1935. Sí, algo es diferente: aquella vez había sobre la mesa un par de tazas de té; hoy, una botella de vino blanco, símbolos de la misma cordial hospitalidad de la Selva Negra.

Nos acompaña nuestro común amigo Heinrich W.Petzet, que antaño me presentara a Heidegger y que ahora es su principal colaborador en la publicación de sus obras. La conversación se hace rápidamente familiar, y Maese Martín saca de una gaveta su «Libro de Seminario». Es una libreta con tapas negras en que figuran sus alumnos. Busca el semestre de invierno 1935-1936.

-Aquí está su firma, me dice.

²⁵ Heidegger lo dice por el cargo de Secretario General de Relaciones Exteriores del gobierno peruano que por entonces desempeñaba Wagner de Reyna.

En efecto, está allí, con una dirección que había olvidado.

-Y aquí de nuevo. Y allí la de Allers, que es ahora profesor en Leiden.

Más allá encuentro el nombre de Ulmer, hoy ordinario en Tubinga, y el de Rahner, que es provincial de los Jesuítas y el de Malik, que fue Presidente de la Asamblea de las Naciones Unidas. Ante la pantalla de la remembranza surgen caras de muchachos con poco aplomo, respuestas ingeniosas y anteojos de carey. Aquel -me informa Heidegger- murió, éste está loco.

-¿Se acuerda usted -me dice- que venía a clase directamente del establo de su padre y me apestaba el aula?

No, mi memoria olfatoria no es tan competente como la de Heidegger. Caemos sobre mi libro: *La Ontología fundamental* del Maestro, que editó Losada en Buenos Aires. -Fue un best-seller filosófico. Se vendió como una novela policial. Tuvo tres ediciones, añadido.

El filósofo no ríe, pero se divierte. Petzet me mira como diciéndome: no seas salvaje.

Heidegger se siente obligado a contribuir al ambiente anecdótico de la situación y nos relata cómo Sartre tuvo por primera vez noticia de él:

-El año 1928 fue alumno mío en Marburgo el Conde Kuki...

-El conde japonés a que hace usted referencia en *Unterwegs zur Sprache*.

-Exactamente. De allí fue a París y puso un aviso en el periódico pidiendo un profesor de francés con quien pudiera también conversar sobre filosofía. Kuki estaba estudiando en aquella época mi «Ser y tiempo». ¿Y sabe usted quien se presentó por el aviso? Sartre.

Heidegger se dirige a un estante de libros y de la edición de Descartes de Adam et Tannery me muestra el primer volumen: un regalo de Kuki con dedicatoria y en ideogramas.

Se hace tarde; hablamos de mil cosas, menos de filosofía. Yo no soy reporter ni pienso escribir un artículo sobre mi entrevista con Heidegger.

Al día siguiente me ofrece el Profesor Arnold Bergstesser, el Presidente de la Comisión Alemana para la Unesco, un almuerzo en el restaurante del Halcón. En el reducido recinto sólo cabe una mesa y los asientos de los trece comensales en bancos adosados a la pared: un típico ambiente académico alemán. Todos son profesores de mi vieja Universidad, y según la costumbre debemos tratarnos de «señor Fulano» omitiendo cualquier título, siempre grato en el ambiente germano. Estoy entre el señor Heidegger y el señor Thieme, el Rector actuante. Hay un evidente respeto por Maese Martín que rara vez sale «a sociedad» y sospecho -tengo el orgullo de mi modestia- que los comensales han venido al almuerzo porque sabían que Heidegger concurriría.

Pero el Maestro quiere hacerme un agasajo personal y al día siguiente

te me invita a una reunión familiar en un restaurante de cazadores, en el bosque cercano.

Heidegger mostró visible interés por Sudamérica como región de Occidente y por el carácter barroco de su tradición, pero me confesó - socarronamente- que su «mundo» se extendía a algunas leguas a la redonda, de un lado hasta Totnauberg y del otro hasta Messkirch, ciudad de donde es oriundo y que lo ha hecho su ciudadano honorario. Tengo en manos el librito conmemorativo del solemne acto, con un fino discurso de agasajado en que recuerda que agradecer (*Danken*) y pensar (*Denken*) es la misma palabra y que recuerdo es un pensamiento agradecido.

Bebemos una copa de despedida. Le deseo un feliz viaje a Grecia, país que aún no conoce y que visitará en esta primavera, y Maese Martín desde la puerta de la posada agita la mano en la grave simplicidad del hombre que sabe que, más allá de su mundo, es famoso y estimado, pero para el cual todo ello es anecdótico, intrascendente y sin interés, porque el filósofo es una planta que requiere de su propio suelo y gracias a éste, a su enraizamiento, está entre el cielo y la tierra.

Tal es el recuerdo que tengo de los tres días con Maese Martín, allá en la Selva Negra.